
EPITAFIO DE TOMÁS MORO

AÑO 1532

Tomás Moro, nacido en la ciudad de Londres, de familia honrada, sin ser célebre, y un tanto entendido en letras, tras haber ejercido en el foro durante algunos años de su juventud y administrado justicia como Under-Sheriff en aquella ciudad, fue llamado a la Corte por el muy invicto rey Enrique VIII, que fue el único entre los reyes que mereció el justo título y renombre –hasta entonces desconocido– de Defensor de la Fe, como verdaderamente lo demostró con la pluma y con la espada. Se le nombró miembro del Consejo, siendo hecho Caballero, luego Vice-Tesorero, más tarde Canciller del ducado de Lancaster y, finalmente, por admirable favor del rey, Canciller de Inglaterra.

Entretanto, se le había elegido Speaker de los Comunes, siendo además embajador del rey en diversas ocasiones y lugares. La última de las veces en Cambrai, como acompañante y adjunto de Cutberto Tunstall, el jefe de la misión, que era entonces obispo de Londres y poco después lo fue de Durham; persona a la que difícilmente habrá hoy nadie en el mundo que aventaje en sabiduría, prudencia y bondad. Con grandísima alegría intervino allí como embajador, y vio renovarse la alianza entre los monarcas supremos de la Cristiandad y restablecerse en el mundo la paz por tanto tiempo deseada. Quiera el cielo consolidar esta paz y hacerla perpetua.

En el desempeño de estos oficios y honores, fue tal su conducta que ni el rey desaprobó sus acciones ni se hizo odioso a los nobles ni desagradable al pueblo. Causó pesar, en cambio, a los ladrones, a los homicidas y a los herejes.

Su padre, el Caballero Juan Moro, elegido por el rey magistrado del King's Bench –hombre cortés, afable, inofensivo, dulce, indulgente, justo e incorruptible; avanzado en años, pero físicamente lozano para su edad–, luego de ver alargada su vida hasta contemplar al hijo como Canciller de Inglaterra, y juzgando que había morado bastante en esta tierra, partió ganoso al cielo. Pero, muerto el padre, su hijo –a quien mientras aquél vivió se le había apellidado “el joven”, y él mismo así lo creía–, echando de menos al difunto padre, y considerando su progenie de cuatro hijos y once nietos, empezó a envejecer para sus adentros. Y la impresión que esto causó en su ánimo se le recrudeció al declarársele a continuación una dolencia maligna para el pecho, como indicio de la vejez que se desliza.

Harto, por consiguiente, de estas cosas percederas, renunció a los honores y obtuvo al fin, por incomparable beneficio de su muy Graciosa Majestad –y si Dios favorece su empresa– lo único que casi desde la misma niñez había siempre apetecido: que le quedasen, en su existencia, algunos años libres en los que, apartándose poco a poco del trajín de esta vida, pudiese meditar sobre la inmortalidad venidera.

Trasladados aquí los huesos de su primera esposa, cuidó la construcción de este sepulcro para avezarse, día a día, a la idea de que la muerte se acerca arrastrándose sin tregua. Y, para que no haya erigido en vano esta tumba mientras vive, y no tiemble ante al horror de la inminente muerte, sino que la acepte con alegría por ansias de Cristo, y para que la muerte no le sea cruda extinción sino entrada a una vida más feliz, te suplico, buen lector, que le ayudes en vida con tus piadosas oraciones y las continúes cuando muera.

Aquí yace Juana, querida mujercita de Tomás Moro;
sepulcro destinado también para Alicia y para mí.
En los años de mi mocedad estuve unido a la primera:
gracias a ella me llaman padre un muchacho y tres chicas.
La otra fue para con ellos –cosa rara entre madrastras–
madre cariñosa, como si de hijos propios se tratara.

De igual modo vivo con ella como viví con la anterior:
difícil es decir cuál de las dos me es más querida.
¡Ay, qué gran suerte sería estar juntos los tres!
¡Ay, qué dicha si lo permitieran la religión y el destino!
Por eso pido al cielo que esta tumba nos cobije unidos,
concediéndonos así la muerte lo que no pudo la vida.